

Hacer y deshacer
Antología 1971-2025

Lugar común

(1971)

EN ESTA NOCHE, SALVÁNDOME

Aquí,
en las altas horas de la noche
me veo conspirada en esto:
creo en el mundo.
En su larga melena oscura, en sus bombillas,
árboles vistos, perros,
locura confusa de la esperanza.
Ahora, como se dice al toro a la hora
de matar, ahora,
cuando el día se ha paseado señalando otra vez
la frente de mi camino,
las voces de los niños altas y bajísimas,
cuando un cigarral está bien dormido
y los lobos deben venir;
ahora yo, sin espantar del todo el sufrimiento
aprendido desde mí
para volver a caer en él
como más oscuro quehacer de mi nombre;
así, mirando la hora,
viaja el humo por mi mesa
y la ceniza es un peregrino quieto;
ahora como un volcán participando del mundo
y todo lo tengo en mi falda, en silencio
y en cuerpo viviente;
ahora es ahora y hay que aprovecharlo
y mañana también la espada no sé si volver a adivinarla.

Qué lejos estoy de la inocencia, qué cerca;
cómo irme a dormir, los ruidos,
caminar por esta habitación donde yo aliento formas

como disparate mío;
la miel de una sola abeja
para seguirla y llamarla abeja.
Qué lugar tan parecido a un planeta es esto;
se pisa, hay naufragios, no debo abandonarlos,
no me opongo a nada de lo que existe
la revelación camina
en su presagio como los hombres.
Ah, la palabra, qué miedo me da de su constancia en mí,
de su alboroto que me llega y son lugares
en su pompa de vida,
lágrimas sueltas ahora mismo, en formación,
creciéndome,
grandes manchas de poemas y matarlos
es morir más acá de la muerte misma
sin destierro posible y sin ojos.

Maravilla de noche para la sombra que soy,
para linternas sin deseo
de vivir dormidas,
para amores altos, bajos,
colocado todo en su canción de existencia sobre la tierra
que me digo no puede romperse de pronto
ni siquiera queriéndolo.

Es de noche
porque abandonada estoy a un sacrificio largo;
es mi recinto cerrado a cal de figura humana,
perdiendo los besos que puedo dar premeditadamente;
es mi contada ocasión para decir
lo de este mundo de abandono,
en la noche larga como un acontecer
que ya llega aquí lleno de plegaria
y se transforma en canto.
Si alguien desea tocar mis huesos
no tiene nada que hacer,

estoy recorriendo mis tejados de sombras,
armada de sombras
y es mi vestido claro, salvándome.

Y esta mirada de faro
es la esfera y la vida para mi barco,
un coloquio que el viento sabe llevarlo por su sitio.
Mañana saltará otra vez la equivocación que tiembla
la luz me habrá despertado al amanecer
en la contemplación otra vez del mundo.
Los ojos de todos estarán cerrados, abiertos,
como menos sombra, como rápidos gatos.
Qué dispar es entonces mi mundo, mi cuerpo
y mi ceguera.
Todo estará, la velocidad de la luz
el manantial de nadie, otra vez el nadie,
ahora la noche llena mi saco de palabras
y mañana se anulan.

Todo late y es la noche y se necesitan
las horas entre sí;
todo es un cauce vivo que habito alta e indefensa,
mundo, tú, boca arriba, boca abajo,
entregado, mintiendo dulcemente
y me salvará, se salvará
porque se salta siempre.
Ahora se ha detenido mi cintura
para bien o para mal.
Ya he mojado mi lengua en la palabra
y es el mismo truco y la misma esperanza:
al escribir me ayudo de los dedos,
del papel virgen que va desabrochándose,
de un planeta oculto que alguien colocó en mi cabeza
y ahora me toca desenvolverlo.
Todo está,
la velocidad de la luz no es más

que un poema vivo,
ni más que la lentitud sin amor
si para hablar vale la comisura de un muerto,
los aviones de plástico con niños
y la mazmorra que cada cual se lleva
al fondo de su existencia.

Voy hacia el mundo, estoy segura
y llevo todo lo que tengo puesto:
pestañas, una pizarra, una tiza,
tiempo libre y me suenan las manos como ahora.
Luz,
¿en qué parte del camino me tienes cogida
de los brazos que tanto me analizas?

Todavía en la noche y yo viva
hago mi pacto con el mundo diario
sorteando mi cuerpo
que en algo me retiene.

MIRA SI ES VERDAD MI HOMBRO

La soledad es, como siempre,
quien más me hace recordar tu nombre.
Pero cuidado, también el mediodía
y la zapatilla mal atada en el segundo botón
y las gotas de agua bajo la ducha
y la fiebre que no invento en la siesta
y las ganas de no dormir para leer
y el beso que te doy a las siete de la tarde
y el volcán en Italia que no vuelve a sonar
y las cabras que pasan ahora por mi casa
y la noche otra vez
y la mañana idéntica por su triunfo
y el salto de la langosta ahora mismo
y la hierba mal regada bajo mi bañador
y el perro lamiéndome los pies cuando salgo del río
y le huelo más que él a mí,
y el amor, y tu nombre,
y el vestido que me pongo
y mi cuerpo interior como yo misma
y el recuento de tu voz
y otra vez el río
y la cerveza y el panchito que te dejo
y el verde tristón de este verano que es rojo,
y este y único para tu nombre,
para decir que tengo tu frasco de ahora mismo
y tu olor
y el garabato que sale de tu lengua.
Soy todo lo que tú eres en este julio del demonio
frita como los pájaros al mediodía
y cansada como un perro a las cuatro de la tarde.

Escribirte esta carta;
letras que salen de forma aparatosa
y solo para tu armario donde me guardas el surco.
El balcón se ha abierto para mí, estoy en casa.
Me entra la luz, lo que dura la tarde,
lo que quiero atar de corazón y simiente
si no vacío mi rincón y la sal.
Un periódico se ha hecho amigo del aire
y viaja, y viene, sin descanso.
¿Quién comunica el calor al rostro?
Ceras al lado del altar,
viaja todo, no baja el avión,
mi blusa abierta como una ventana,
una nube en vez de ese trozo azul,
mi vestido, mi recuerdo,
para seguir mi calle.
Qué bien, ya el carro que regresa por Moraleja,
el ovillo de los hilos está guardado porque rodó;
la vocación de cubrir, de adorar lo que se escapa.

Así va julio.
No estoy equivocada.
Cabecea la campana a las ocho,
la caja rodando,
mi balcón abierto, mi blusa, mi ventana;
bebo agua desde el puente,
arriba un quiosco nuevo, legiones de cerezas,
mi lágrima que no se pierde.
Rezo por el olvido,
por el olvido no rezo,
la higuera es de verdad, verde, hojas
para dorar las fuentes
en cualquier mirada.

Tu nombre, me he olvidado de tu nombre,
te sigo escribiendo, perdona el lapsus,

sigo en tu baúl, amor escondido aquí
y en la otra tierra donde tú vives.

Y tu nombre
no lo digo.

YA PUEDO MORIRME SI ME DEJO

A José García Nieto

Palabras, oficio que no lo es.
Hojas que caen al suelo
y no me da tiempo a detenerlas.
Figuraciones mías,
al compás, verso grande,
para la vida. El mío me quiere.

Anillo puesto a mi dedo
en un año cualquiera; sin nombre,
me vence el rostro,
la inquietud de mi ceguera es así,
y el monedero en el bolso, mi verso.
Amor en casa lo hay,
con hablar las deudas oscuras
en una noche; solísima me acompaño.

Y miro hacia atrás.
Qué olvido a todas horas
grande hasta mi cuello el tiempo
y mi cintura pequeña.

Pido una separación
con el mundo;
para más vida,
para tronchar la higuera
que no se contempla solo; se mira,
ríe, tiene frutos, mujer, yo,
amor flojo o fuerte en la nuca del corazón.

He avanzado por la tierra,
puedo ver el mar,
tengo el verso,
ya puedo morirme.
Ahora mismo, como un compás
que algo me valdrá en su cero.

VÁMONOS A ENCONTRAR AQUELLOS ÁRBOLES NUESTROS

A mi hermano Luis, pintor

Me es fácil reconocer aquel tiempo
tan reunido.

Hoy siento que dos corazones
vuelven a venir,
y las piedras y las focas de un álbum vivo,
y nuestro.

Puedo cambiar el recuerdo
por la tristeza que ahora tiembla en mi ventana
y su aire de veinticuatro años,
comparto de nuevo aquel lugar que nos vino bondadoso
y tan de frente a frente.

Ahora te digo de mí lo que aún no conozco,
la fuerza de la noche por sí misma,
el sentido de cada hora en la tierra gracias
a la salvación que necesitamos,
la renovación del miedo con menos inocencia
que la de antes,
el verso que me nace con una reminiscencia clara
como acostumbro te lo enseño,
y es el centro de la amapola
en esta pajarita de papel que hago
con tan poco misterio
y va a salir tan misteriosa y blanca
aun cuando alguien la tenga en sus manos
diferentes a nuestros ojos.

Y te digo:
hay que volver, Luis, a lo de antes.

Al abismo cuando conocíamos menos cosas que ahora,
el abrazo a la mañana al despertarnos
sin preguntar para qué,
sin preguntar nada porque no sabíamos hacerlo,
y viene a ser lo mismo en esto que te traigo.

Hay que volver, volver,
intentaré muchas veces decirte por qué.
Ya sabes lo que puede pasar cuando se hacen
algunas cosas con las manos,
es un destino,
son dos tirantes
que no se han podido separar,
tú y yo,
los paseos por Moraleja,
aquella torre como si nuestro corazón estuviera
tan arriba que podía mirar la campana.
Volver, y aparecernos ante nuestro río del verano,
chopos puestos solo para nosotros,
como el deseo de hacerlos transparentes,
con corteza y todo.

Ahora es octubre y estamos en Madrid.
Tu pincel vive del verano, y mi verso también.
Pero esta mañana debíamos ir a por higos
o a recoger los brazos que dejamos en el árbol,
hacerlo desde aquí a mi modo,
que no puedo olvidar aunque quisiera.
Volver al lado de los niños que subíamos a casa,
y nosotros un poco mayores les decíamos que pintaran,
y a la noche, tú y yo, subíamos como gatos buenos
a hacer el recuento de academias en color
en nuestras manos.

Y ahora, lo que llevamos puesto,
anda prendido por ahí, no lo dudes.

Hoy, octubre, debemos hacer en esta ciudad
lo que nos apetezca de allí,
recorrer el puente con su agua,
mirar la soledad de unas piedras
y te acordabas de Tàpies,
y aquellas vueltas eran el acontecer
que hoy tenemos.
Yo no llevo pena por no haber conocido
lo contrario a lo que vivimos,
también porque la repetición de una soledad común
se parece a la soledad del campo, indefensa y alta,
nosotros conformes en esa medida.
¿Te acuerdas de las tardes
cuando estábamos
dentro de ellas?
Y hacia adelante nos íbamos por el tiempo
de dos en dos,
y la noche, ahora, viene para lo contrario
de olvidar en nuestro reconocimiento.

No hay miedo en este poema que recorto
como calcomanía de luz real,
como la luna grande de enero desde la escalera,
todo superpuesto y sabíamos avanzar,
lo que ahora podemos decir que conocimos,
detrás de nuestros ojos iban las cigüeñas
y por rápidas que fueran no podían llegar,
pero ellas nos conocían perfectamente.
Y ahora quiero decirte esas mismas cosas
que tuvimos,
con una diferencia de color en el ala,
decirte que la vida ahora a mi alrededor,
la quiera o no,
es más importante que yo,
y que tú tendrás la tuya
por donde es difícil que muera el corazón,

la constancia,
el silencio por mucho que oculte,
y porque sabemos que las campanas de ayer
vuelven a tocar indefinidas.

Pero qué decirte, tengo mucho en el tiempo
y espero que me reconocerás también.
Que escribo poemas
y pienso con la cintura de pronto...,
y qué difícil es explicar esto y coger el cuello
de la paloma aquí, igual que el perro
estoy en la ventana
y vivo enfrente de mi respiración.
Es más fácil decir que te conozco, Luis,
ahora mismo.
Déjame atragantarme de esta claridad.
Porque sé cómo mueves tu caballo
junto a mi reina,
la cabeza en el tiempo y quiero traerla
al regazo de hermana como antes,
cada día menos cursi
y más cursi seguramente.
Sé que las lágrimas supieron mejor compartidas,
ellas saben bajar del ojo,
y la boca está en su puesto para retenerlas
como surco.

De nosotros, antes y ahora,
la lentitud de nuestro silencio,
y el hablar cuando hablamos tan deprisa.
Aquel señor en el tren que me preguntó
si te conocía y acababa de mirarle.
Tú y yo sabemos fijarnos en las paredes,
en las rebecas de las niñas de Moraleja
por Semana Santa,
en la bici que pudo ser langosto a nuestro lado,

en los patos tartamudos en el pico,
en el rincón de la iglesia donde siempre
se colaba la pelota,
yo quería cortarme las pestañas
—en cuarto creciente—
porque crecerían más.
Las lumbres en invierno y hasta en verano,
las lumbres, Luis,
como un capricho grande de hacer
o de llevarse la noche por delante
en esa fuerza roja descolocada siempre,
en los polos de hielo, y nada más sorber
se ponía blanco, había sido rosa, amarillo,
y hasta añil con un poco de imaginación nuestra
como el zócalo de dos casas juntas.

Certeza de lo que voy diciendo.
De un reconocimiento claro,
de unas bóvedas nuestras,
al borde de la vigilia
que ya tenemos encima,
dos puertas golpeadas por el aire
y el viento se atreve a decir que nos ama.
Me acuerdo ahora
de aquella soledad nuestra en la terraza,
y la hoja que no pasaba al canalón,
te lo recuerdo como niña sabia antes
más que ahora.
Y qué bien la una, la hora de comer,
y después libres ya
íbamos a partir los piñones con mamá
gordita a nuestro lado.
Me estoy comprometiendo en este poema,
con la fuerza de entonces,
identidad de ojos, tardes, sol,
y el perro durmiendo con nosotros.

Y qué entretenimiento cuando después de cenar
se metía un murciélago en el cuarto de tus pinturas
y había un silencio y una espera
porque volvería a salir,
y si no, no importaba, había ocurrido otras veces,
abríamos más la ventana
y a la mañana siguiente no había murciélago.

Y escucha lo que te digo ahora:
la *i* con la *u*, zorro,
la *i* con la *a*, casa.
Este poema quiere ser lo que él quiera,
hierba, o diente en la boca,
o nuestras manos como entrega
que ya está hecha.
Y mientras acaba, te digo lo último,
puesto que el tiempo es implacable
como la tormenta,
ponte de nuevo a reconocer mi monte,
te hará falta, la voz de mi mariposa
y el cuello de niña
que va para mayor.